

24 horas en la vida de una colegiala*

Impertinente y fiel, la cámara periodística ha observado las etapas de la vida de una colegiala, invadiendo el domicilio particular, deslumbrando el aula con su lamparín de magnesio, provocando curiosidad en calles y parques.

En la vida de una colegiala. De cualquier colegiala. Y el lente periodístico, la curiosidad reporteril, quisieron darse el lujo de seguir esa vida por veinticuatro horas.

Visión simple, enfoque objetivo, la cámara y el lápiz trasladan al papel sus impresiones.



* Publicado con el título "24 horas en la vida de una colegiala", en el suplemento literario dominical de *La Razón* (La Paz, domingo 10 de septiembre de 1950), pp.6-7.

Tic-tac totalitario

Ya entró la mañana al cuarto de la niña. Hace buen rato que han cantado los gallos su saludo al sol. Pero la colegiala sigue durmiendo. El tirano tic-tac del reloj golpea sus oídos y, de pronto, la estridente campanilla llama a saltar del lecho. Una mano se levanta, pesada, para oprimir el botón. Morfeo no tiene trazas de irse. Pero vendrá, en auxilio del inexorable dueño de las horas, la conminatoria materna. A levantarse, niña. Ya es tarde para ir al colegio. Las sábanas ondulan perezosas y, quiera que no, después de un último bostezo, obligando a los párpados a abrirse, la muchacha tendrá que saltar de la cama.

Toilette matinal

¡Qué helada está el agua esta mañana! Y todas las mañanas. Aroma de jabón perfuma el lavatorio. Las manos buscan el peine. Las horquillas, los clips, las cremas, los aceites y hasta un poquito de carmín para los labios. Tiene fortuna el espejo. En él se refleja la belleza y se mira la juventud. La *toilette* matinal no es cosa de pocos minutos. La coquetería se come al tiempo. Una presión en la onda. Un retoque en las cejas. Hay que encrepar las pestañas, repasar el lápiz carmesí por los labios y suavizar las manos con una de las muchas pastas que forman batallón en el tocador. Una inspección a la obra. Más o menos... Pero, no hay tiempo para seguir compitiendo con *Max Factor*.



Tostadas a la carrera

Cuando va a echar la última sonrisa al espejo suena la voz de la pequeña fámula.

– Niñita, ya está servido el desayuno.

Hay que apurarse, evidentemente. Pero dónde están el cuaderno de álgebra, las notas de dactilografía, la regla, el estilógrafo. Nadie sabe cómo ni de dónde pero aparecen las cosas. Hay tres tazas ya vacías en la mesa. Ella siempre es la última. Pan y mantequilla con premura. El café, hirviendo, quema los labios y hace cosquillas en la garganta. Quedan pocos minutos. Un sorbo más. Una tostada y a bajar los escalones de tres en tres, rumbo a la escuela. Vertiginosa, pero sin perder jamás el aire y la prestancia femenina, la muchacha sale de su casa y, campante, se encamina a la casa que es su segundo hogar.

En la esquina, un colectivo rebaja el asfalto con sus frenos llorones. El chico de *overall* urge y lanza gritos.

– ¡Quién baja...? Suben por la puerta de atrás... Se apura, por favor, señorita... ¡Vamos! Pasajes... Tarifa escolar... Próxima esquina no hay parada...

Al fin, el camión cerrado y desastroso la deja en la esquina del colegio. Al poner un pie en la acera, ya suena la campana. Van a comenzar las clases. No puede anotarse un nuevo atraso. Si ello ocurre, tendrán que llamar a su mamá. Corra, muchacha, corra. Papeles y plumas caen en el camino, pero no interesa.



En el colegio también hay que estudiar

Tuvo suerte la niña. Llegó casi exactamente a tiempo. Ahora descansa en el banco, mientras la voz del maestro repite los nombres de la lista.

– ¡Presente!

Y comienza la pesadilla. Resultó que era tarde para acordarse de que ese día, ese preciso día, había un pequeño examen. El profesor cierra los puños, tuerce la expresión y exige la

prueba de haber cumplido sus deberes. Pero las chicas siempre tienen suerte. Pasan los minutos y los ceros. Cuando le va a tocar el turno suena la campana para la segunda clase. ¡Qué alivio! Y qué hermoso es el patio del colegio.

Las lecciones acaparan la mañana. Libros, números, ensayos, composiciones, coros, gimnasia. Hay de todo; agradable y sencillo; pesado y horroroso. Pero lo más lindo –y en esto no hay discusión alguna– es el recreo. La niña adora la media mañana. Cuando dan el aviso, sale disparada a la cancha, al patiecillo, al jardín. A cambiar impresiones. A practicar el infalible trueque de informaciones con las compañeras.

– Figúrate, hijita, que me llamó ayer...

– No digas... qué flor...

Cuchicheos, cábalas, suspiros, pedidos de ayuda, consejos. El intercambio de datos y opiniones es impresionante. De pronto, una pelota cruza el espacio. Unos minutos de jugar con ella y cuando viene el recuerdo de la próxima clase, hay que mutilar parte del recreo para seguir estudiando. Caramelos en el receso. Refrescos. Sol.

De nuevo reclama la campana.

Qué corto se le antoja el intervalo.

Interin de mediodía

Es mediodía.

En la esquina del plantel alguien espera a la niña. Dos manos se juntan y una pareja camina, dando saltitos, rumbo al hogar de la chica. Una larga mirada en la puerta, y la niña corre escaleras arriba. Enternece el abrazo y el ósculo a la madre. En la casa toda, hay un olorcillo que invita a pasar al comedor. En torno a la mesa hogareña, los padres guardan silencio o hablan solamente para regañar, pontificar y recomendar. Quien domina la conversación es la chiquilla, dueña real de la casa. Elocuente como toda mujer, relata mil historias verídicas o de las otras. Cuenta todo. Casi todo. Hay algunas cositas que, ocultas en sus ojos, no saltan al mantel. Y qué oportuno es entonces el segundo, el postre o el vaso de leche.

Poco después vuelve al colegio. La pesadilla y el encanto, siempre simultáneos, tendrán que repetirse. Habrá nuevas órdenes y más tareas. Y esta vez el recreo será más corto. Pero, a las cuatro –hora de colegialas y

escolinas— la niña estará otra vez libre. Libre para posesionarse de los parques. Libre para tenderse en la alfombra, prender la radio a todo volumen y vivir un drama en el tiempo que dura una canción melódica. Libre para bloquear líneas ocupando el teléfono sin noción del tiempo y sin hacer caso al cartelito que dice: "Use, pero no abuse". Comentar la última fiesta, arreglar la próxima cita, en voz baja, coordinar la próxima travesura o copiar al dictado la letra de moda. Qué admirable es el inventor del teléfono. Y qué linda es la vida, en general.

A las cinco o un poquito más, servilletas rosadas anuncian la hora del té. Son quince minutos antes de volver a los libros y a todas esas cosas que sirven para obtener un diploma de bachiller o de secretaria comercial. Hay que ponerse los lentes, acaso antiestéticos pero salvadores de la vista. Y otra vez viene el tropel de logaritmos, citas entre comillas, grados geográficos, nombres de hombres y obras, taquigrafía, geografía, filosofía y otras muchas ías más. La niña tiene que estudiar en la casa para no fallar en la escuela.

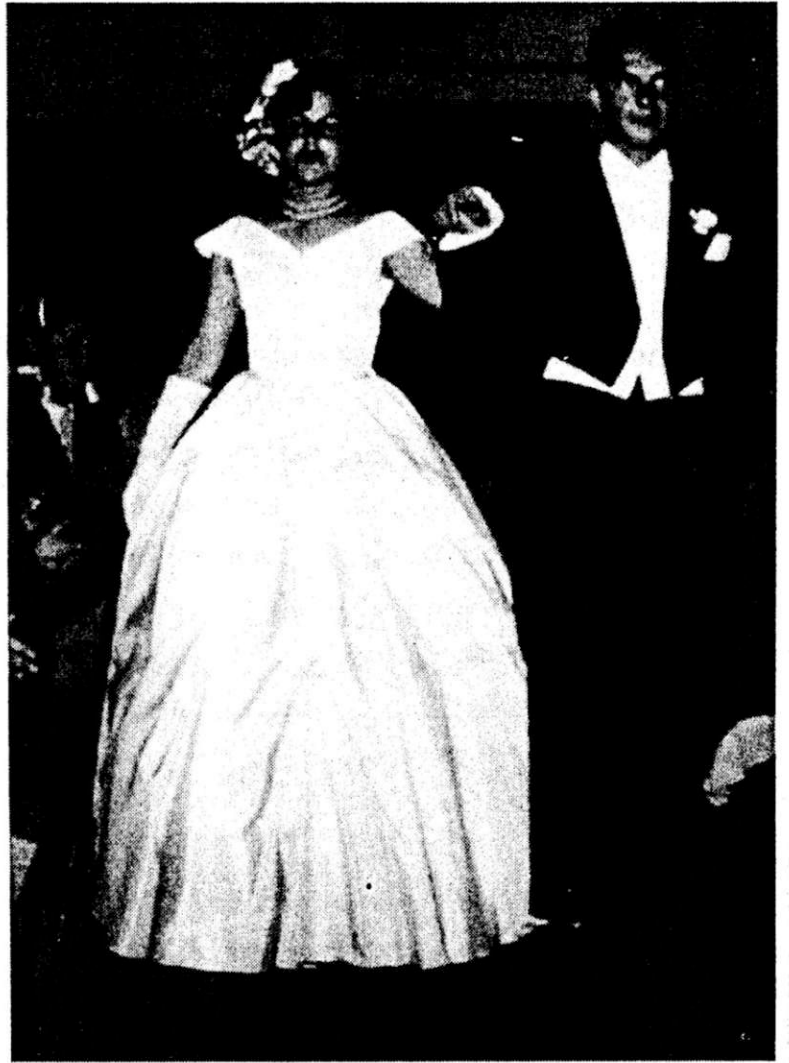


A las seis de la tarde, la muchacha coopera a la madre en los quehaceres de la casa. O sale con ella en recorrido por las tiendas que atraen con sus vitrinas de fuertes luces y repelen con sus artículos de precios también fuertes. O va a la tanda.

Ya se ha ido el sol. En el balcón, la colegiala emplaza a las estrellas a dialogar con su espíritu. Quisiera traerlas todas a su habitación y colocarlas junto a la imagen de su santo preferido o en medio de sus adornos y fotografías. Quisiera tenerlas en su corazón. Y a la luna también.

Sueño y ensueño

Morfeo, tan terco como Cupido, regresa al hogar. Cadencioso y dominante, cierra los párpados de la colegiala hasta el otro día y comienza la nebulosa revista de las horas recién vividas. El profesor, siempre amonestando, danza con el pizarrón enorme y muy negro. Ese hermoso vestido de raso, con una flor celeste, parece mezclarse y perderse en la vitrina luminosa, que se funde y confunde con las hojas de la agenda de tan personales apuntes. Junto a la imagen del pololo, un enorme sombrero mejicano y debajo de él Jorge Negrete. Tyrone Power la



invita a casarse con él. Pero el profesor se opone, porque sacó cero en el mes. Y la pobre tendrá que limitarse a arreglar unas medias y a bailar con el hermano de Gregory Peck. Un gallardo joven de uniforme viene a buscarla para salir de paseo. Cuando le acepta, la imagen se pierde y se convierte en un espantapájaros que lee en voz alta un párrafo que debe aprender de memoria. Por ahí ve una casita. Hermosa. Un automóvil inexplicablemente largo. Una montaña de algo que parece oro. Y de pronto alguien, a quien ella conoce pero no puede ver, la toma de la mano y la lleva, por un celeste camino de futuro, a lo alto, donde vive la felicidad...

Quince años en un guardapolvo blanco. Manos que, nerviosas, suspenden las mangas del "conjunto". Manos que oprimen cuadernos, tizas y lápices. Manos que estrujan furtivos mensajes de amor, escamoteados al maestro o a los padres. Y que tejen azules poemas en los arabescos de una pizarra.

* * *

Niña color romance. Niña que canta boleros. Muchacha que vive tragedias frente al celuloide, en la imposibilidad de ser amada por aquel galán que arranca suspiros desde Hollywood.

* * *

Son sus ojos pasión, y alegría su boca. Ella es un canto a la vida y un desafío al destino. Con tierno encanto, las ilusiones se dibujan en su rostro. La juventud decora su cuerpo, ondulando en los pliegues del albo uniforme. La colegiala es un himno al futuro.

* * *

¿Hay algo acaso que pueda detenerla? ¿Hay diques para educar al mar? ¿Se puede aprisionar al viento? ¿Puede alguien envolver las nubes en paquetes o guardar un río en los bolsillos?

No.

La colegiala marcha. Marcha adelante. Sin hacer estación ni demandar reposo. Las preocupaciones no forman parte de su vida. Ni el dolor ni el luto ni la angustia. La colegiala es una primavera sin invierno.

* * *

Para ella se hizo este mundo. Para ella nacieron arquitectos que crearon parques con banquitos; pintores, que inventaron el cielo; poetas que fabricaron una luna, un lamento y una estrella. Y para ella surgieron también el blue, el teléfono y el bugui.

Para ella nació el amor.

* * *

Criatura empeñada, en ser "toda una mujercita".

En la libreta cuadriculada de su biografía en pañales, lleva la cuidadosa contabilidad de sus romances. Inventario de suspiros y sonrisas. Kardex de ambiciones y de anhelos. Archivo fantástico de sueños y de ensueños. Cuaderno borrador de un alma que, al entrelazarse dos corazones en la madera de un banco, se siente abanderada en un desfile de amor. Amor de sockets y de pantalones cortos.

* * *

Chiquilla que sofisticaba teoremas con números de teléfono. Que sabe la lección de literatura pero recuerda más la letra de "Ya es muy tarde". Que clava la mirada en el mapa, pero que ha transferido su mente a la imagen del compañero preferido. Niña de cuello marino y carpeta café. Niña que sabe llorar pero prefiere reír. Siempre reír.

Quince años en un guardapolvo.

Una colegiala.

Cualquier colegiala.